

FERMÍN HERRERO

Cada libro del leonés Avelino Fierro es una fiesta de y por la literatura, con hilo musical, pictórico y a veces cinematográfico, pues nada le es ajeno. Su nueva publicación escapa, como la anterior bajo disfraz epistolar, a la forma habitual del diario, con la que se inició y consolidó su estilo mediante cuatro volúmenes, aunque presenta concomitancias con este subgénero didáctico, tanto en la acumulación de entradas, cuarenta en total, de marzo de 2019 a febrero del 20, vísperas de la eclosión de la pandemia, como en la datación diacrónica, si bien sólo en el índice y la mayoría con un decalaje de varios días respecto al momento en que fueron redactadas, tal vez a causa de reescritura y afinamiento posterior.

Los apuntamientos que conforman esta especie de cuaderno de bitácora con el tiempo atmosférico como base de las secuencias tienen algo de *impromptus* reunidos, hechos de poesía sin desbastar, bueno, mejor dicho en estado embrionario y cuánti-

ESTA ESPECIE DE CUADERNO DE BITÁCORA ESCAPA A LA FORMA HABITUAL DEL DIARIO

co, escritos en estado poético, con su temperatura, pero sin versificar. Y en verdad, por el resultado, cabría inferir que casi siempre es mejor no hacerlo, controlarse, si se quiere mantener la sensación primaria, su emoción malamente transmisible en palabras, como consigue este manojillo de prosas de índole lírica y apariencia, sólo apariencia, menor, de una fragilidad y finura difíciles de igualar.

La última delicatesen de Fierro se nos presenta escoltada por dos colegas de oficio, Antonio Pau al prólogo y Perfecto Andrés Ibáñez al epílogo, a cual mejor en lo que respecta al marco y acompañamiento. Pau, rilkeano de pro, tal y como se recoge en una de las prosas con envío, señala de sopetón que la prosa de Fierro «tiene poesía», cualidad esencial, a su juicio, para alcanzar la excelencia literaria. Y a ver quién le contradice tras leer los cuarenta

CUATRO COSILLAS DE NADA

Sexta entrega de literatura en estado puro de **Avelino Fierro**: 'Calendario'

textos bien adensados y calibrados, bien temperados, bruñidos de lirismo. Sin embargo, acabo de cometer semejante imprudencia en el párrafo anterior, ya que considero que aunque a veces sí se recogen los motivos dispersos para convertir las líneas en poema propiamente dicho, en general se nos ofrece en crudo el recuento diario, en ocasiones vital, la rebaba salvable de la existencia, sin excipientes, capaz de mitigar las tristuras varias, a

y pese a ponerse a las órdenes del poeta de la torre sobre el Neckar («dice Hölderlin que la función del arte es hacer presente lo ilimitado») no hay fijación instantánea junto a la durativa, cuando el poema debe conjugar, a mi escaso entender, instantaneidad y duración.

También argumenta al aire de lo anterior Pau, cargado de razones, que el libro excede a cualquier taxonomía genérica, que no hay quien lo encasille. Como todo lo que

la mirada, la evocación, el pensamiento, el silencio, el paseo, la risa, la tristeza omnipresente... Y concluye categórico que «el lector tiene en sus manos un libro con el supremo don de levedad», o sea, ése no sé qué del estilo único y original de Fierro, cuya prosa «de altura» Ibáñez, por su parte, califica con mucha propiedad como «tersa, destellante y llena de incitaciones», aquí con el plus del uso brillante de tropos y del dominio de la descripción impre-

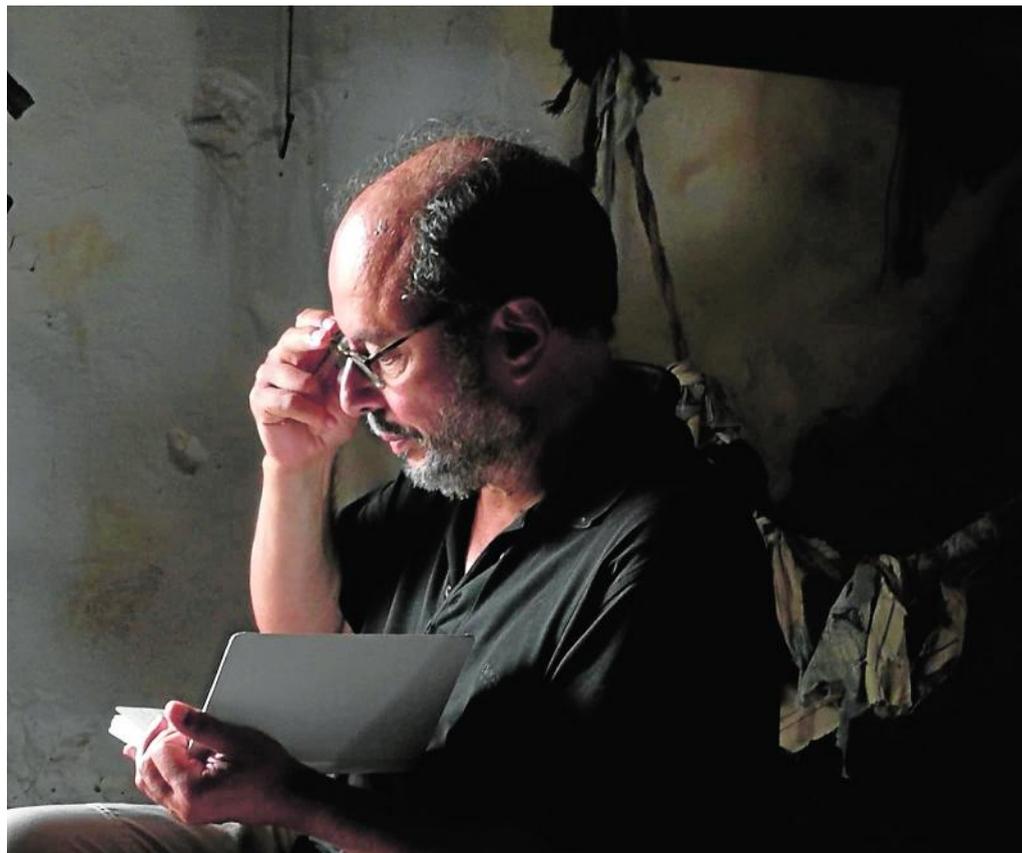
Guido Ceronetti, Pierre Bergounioux, Julien Gracq, Ennio Flaiano, a quien se cita... Se trata del tercer título de la colección Castellana tras la 'Guía espiritual' de Miguel de Molinos con ensayo introductorio de su seguidor José Ángel Valente y 'El río sin orillas' de Juan José Saer, con prefacio de Alan Pauls, ahí es nada. La edición cuenta por añadidura con fotografías del autor, pero sin sus proverbiales dibujos de una delicadeza elíptica no sé si más cercana al trazo japonés o al vaciado iluminativo de Ramón Gaya, al que se alude, salvo en la separata, además integrada textualmente en 'Calendario', 'Una visita al Museo del Prado', con adenda picassiana.

Las referencias textuales no desmerecen del nivel de la editorial, de todos es conocida la vasta erudición, nunca a la violeta, del autor, flemático y docto flâneur de la literatura. Lo animan y protegen, y de paso a nosotros, desde Emily Dickinson, a la que llama «niña espectral», a su querido y olvidado Luis Pimentel, de Eli-

Calendario Avelino Fierro



Días
Contados
111 páginas
16 euros



Avelino Fierro // MAR ASTIÁRRAGA

menudo pasadas por agua, propias de la edad, que como decía del tiempo Cernuda en 'Ocnos', libro en el que desemboca este 'Calendario' y con el que se emparenta, a todos nos alcanza. Al cabo, cada entrada es un intento de engañar al inexorable paso del tiempo («azada son la hora y el momento», como determinara a pie de verso Quevedo) por donde rezuma y sangra,

ha dado a imprenta Fierro, añadiría quien esto suscribe, que no sabría en absoluto dónde ni cómo situar a este escritor secreto. Así que prefiere el prologuista «prosa libre» en vez de «prosa poética», al no ceñirse a un asunto, sino anotar lo que suele pasar desapercibido («las cuatro cosas» del día, en expresión humilde del autor) y merodear por el sentimiento,

en particular de lo atmosférico.

Estamos ante un libro tan primoroso que no podía publicarse sino en una de las editoriales más exquisitas del momento, la catalana Días Contados, que, aparte de la factura, de una limpieza formal digamos francesa, a falta de mejor adjetivo, cuenta en su escogido catálogo con autores de culto de la talla de Julien Green,

zabeth Bishop a otro poeta en prosa como él, Christian Bobin, del pobre Antonio Cabrera a Julio Ramón Ribeyro, del matrimonio Plath-Hughes a su cercano Antonio Manilla, y Ada Salas, César Vallejo, Eugenio de Andrade, Adam Zagajewski, John Burnside, Cesare Pavese, Ósip Mandelstam... No es mala compañía para sobrellevar, con sus luces y sombras, «los días que parecen desgastados», «aislado de esa realidad que ruge sin descanso», al margen de «la crispación política o la apocalipsis climática», atento en «la rueda de las horas», ahí, a la espera de una revelación que no se produce, en su inminencia, como decía más o menos Borges que sucedía el poema, derramada no obstante en palabras que son su lugar de redención «del susurro asonantado de la vida», el nuestro como afortunados lectores. ■